

MARIANO BAQUERO Y LA CARACTERIZACIÓN DEL GÉNERO NOVELESCO

AL escribir sobre *don Mariano* es inevitable, como antiguo alumno, una especie de pudor: de alguna manera es escribir sobre nosotros mismos. Los libros nos ofrecen datos y conceptos para entenderlos en solitaria y fría reflexión; *don Mariano* en los cuatro cursos, en los que sucesivamente nos enseñó, nos comunicó mucho más: una *experiencia* de la literatura. Una experiencia que, los que hemos continuado consagrados a su estudio y dimos nuestros primeros pasos bajo su dirección, se ha hecho tan nuestra que nos resulta difícil objetivar. Nos hizo compartir su experiencia literaria de tal manera que al releerlo y recordar sus clases penetramos en reflexiones que con el tiempo nos han parecido propias; descubrimos, en gran manera, la arquitectura secreta de nuestra comprensión de la literatura y, probablemente, la lectura de este volumen ayude a revelarnos la forma de concebir y sentir la literatura de los que, en sucesivas generaciones, hemos sido alumnos suyos.

Mariano Baquero, en realidad, no nos enseñó literatura sino que nos sumergió en ella; partía del encuentro directo con el texto literario. Para aquellos alumnos el estudio de la literatura tenía su ámbito y su horizonte en la *sensibilidad* que surge de la experiencia de la lectura misma. Esto no significaba negar el esfuerzo de abstracción necesario a la tarea científica del crítico literario, sino que todo paso hacia la categoría conceptual se daba siempre sustentado en múltiples observaciones; de aquí el continuo viaje de la idea a la comprobación directa. No era la cita por la cita, ni la erudición vana con que suele disfrazarse la ignorancia; cada referencia era, a la vez, prueba y nueva revelación. Su conocimiento casi ilimitado de la literatura le permitía atravesar la historia literaria al hilo de un tema o un motivo que se



abría en una miríada de significaciones sin dejar su primigenia unidad. Baquero no caía en un comparativismo brillante y superficial porque en esa búsqueda latía la inquietud del descubrimiento del sentido mismo de la obra literaria. Por eso Baquero, lector atento, maestro de la palabra justa y precisa, observador sutil de las mil formas que cada palabra teje en el discurso literario, nos dejó caracterización conceptual clara, completa y definitiva de los géneros narrativos.

Baquero observa la novela como un género proteico, dúctil, flexible, huidizo, que se caracteriza precisamente por su capacidad de contaminación con los otros géneros. Manteniendo la concepción hegeliana, coloca la novela entre la épica, la lírica y el drama. La épica le ofrecía el elemento *objetivo*, la lírica el *subjetivo* y del drama recibe el diálogo. Según acentúa los rasgos de un género sobre los de otro, la novela irá tomando distintas variedades. El relato novelesco es tal en cuanto que genera un mundo de ficción, un cosmos con su espacio y tiempo peculiares; el predominio de uno de estos elementos sobre el otro caracterizará la transformación novelesca: el protagonismo del tiempo dará a unas novelas su carácter eminentemente *narrativo* y el del espacio, el carácter *descriptivo* y *representativo* de otras, las más modernas.

Este marco conceptual lo expone ya en 1961 (*Qué es la novela*) y posteriormente tendrá un desarrollo más pormenorizado y completo en su libro de 1970 (*Estructuras de la novela actual*); el carácter *épico* de la novela lo desarrolla en el cap. III («Estructura épica y estructura novelesca»); el elemento dramático en los dos capítulos siguientes; las relaciones entre poesía y novela en el capítulo VI, y en el VII los conceptos espacial y temporal. Baquero parte del carácter flexible que permite el cruce con otros géneros —ensayo o documento, poesía, drama, etc.—; intenta también caracterizar la novela por su género narrativo más próximo, el cuento, dejándonos las más penetrantes páginas sobre el cuento y la novela corta (cf. *Qué es la novela* y *Qué es el cuento*).

Atendiendo a los elementos del relato —acción, personajes y espacio— establece una tipología que abrazaría la novela de *aventuras*, la de *personajes*, o la *espacial*, sin olvidar la *novela de ideas* o *metafísica* que liga al primer tipo; aunque prefiere reducir esta variedad a dos tipos fundamentales: la *novela de acción* y la *novela psicológica*. Baquero no olvida, en esta indagación ni los temas (*pastoril*, *histórica*, *utópica*, *campesina* o *rural*, *amorosa* o *erótica*, etc.), ni las técnicas narrativas (uso de las *primera* y *tercera* personas gramaticales, el narrador y sus funciones, el *punto de vista* o el *monólogo interior*).

Baquero nos ofrece un intento de caracterización de la novela de los más ambiciosos y lúcidos que nos ha ofrecido la crítica literaria; primeramente porque completa y armoniza el pensamiento teórico anterior y, en segundo lugar, porque hace



discurrir su pensamiento en el ámbito propio de la obra literaria. Aunque Baquero recoge elementos de Hegel, H. James, Forster u Ortega y Gasset, éstos pasan de datos aislados a convertirse en una construcción que nos hace avanzar en la búsqueda de la caracterización del género novelesco. Sin embargo la aportación de Baquero no está tanto en la sistematización de elementos dados —paso difícil y que inevitablemente había que dar en primer lugar—, sino en la caracterización de la novela descubriendo unas estructuras formales generales al fenómeno artístico.

La obra crítica de nuestro maestro, respondiendo a su talante humano, huye en extremo de la ostentosa prolijidad y reiteración, ajustándose a una concisión cargada de sugerencias. De aquí que el mejor homenaje a nuestro maestro —homenaje a una labor universitaria que a la vez es un imperativo ético para los que seguimos enseñando literatura en la universidad de Murcia— debe ser que la proyectada CÁTEDRA MARIANO BAQUERO tenga como una de sus más señaladas funciones la continuación de sus estudios sobre la narrativa literaria y sus géneros.

La obra crítica de Baquero, tan rica y sugerente, exige que se mantenga viva su enseñanza y, sobre todo, la *actitud* —o metodología, si prefieren— frente a la obra literaria, que sabe integrar la claridad conceptual con la *experiencia* artística: garantía de buen hacer en los estudios literarios.

